

descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada, y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que, llegada la hora del entierro, entraron todos, é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oración del Santo Sudario, aplicando las indulgencias al alma de Cervantes, y suplicando á Dios le diese el eterno descanso. Llevaron en hombros el cadáver, con la cara descubierta, los Hermanos á la iglesia de las Trinitarias, donde Cervantes quiso tener sepultura, en gratitud afectuosa de haber debido á los Padres de esta Orden ser sacado del cautiverio... Desde que se acercó á la iglesia el entierro, doblaron las campanas según el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo, era el de la de san Francisco. Los Hermanos no abandonaron á Cervantes hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

» Á la salida del templo, el religioso visitador vió á don Francisco de Urbina y don Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Sigismunda*, ya que tantos altos poetas le habían abandonado en la muerte. — « Bien me parece el intento, respondió el Visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano* » (22).

Así consoló el pobre de Asís en su última hora á aquel ilustre pobre, rico sólo en ingenio é invención peregrina. Un fraile rescató de su cautiverio al autor del *Quijote*, otra auxilia al descubridor de América. La llegada de Cristóbal Colón al convento de la Rábida, parece novelesca aventura, y es episodio real, estrofa del poema de la historia, cuyo poeta es la Providencia.

Un día abrasador de estío, en que el sol cayendo á plomo tostaba llanuras y campos, dos caminantes de á pie, de humildes trazas y muy cansados, llamaban á la portería del monasterio de San Francisco, en Palos, puertecillo de Andalucía. Era uno de los viajeros hombre formado y maduro; el otro, mancebillo de tierna edad. Pedía el hombre pan y agua para el niño, y en cambio brindaba la dádiva de un mundo, vanamente ofrecido á los soberanos de Europa, que no querían alargar la mano para cogerlo. Mientras el niño aplacaba hambre y sed, acertó á pasar por allí el guardián del convento, fray Juan Pérez de Marchena. Fijó sin duda su atención la noble apostura, la vasta frente y profundos ojos del fatigado viandante; llegóse á él, y le preguntó su historia. Satisfizo prontamente á la demanda: era genovés, de familia hidalga, pero muy venida á menos; su padre cardaba lana; su raza era raza de expertos navegantes; él había estudiado en las aulas de Pavia latinidad, matemáticas, geografía, astronomía; la cosmografía sobre todo le embelesó: fué á Lisboa, ciudad donde pululaban á la sazón pilotos, navegadores, mareantes consumados, inventores de tierras, que exploraran con audacia y suerte las costas del África; respirábase allí un ambiente embriagador de descubrimientos y proezas; hablábase de países desconocidos, de regiones mágicas, henchidas de oro, pedreras y especias; leyendas marítimas, que se contaban sobre la toldilla las noches de luna, y que inflamaban la mente y hacían palpar el corazón. Él las había bebido con avidez, y allá en su cerebro las enlazaba con unos vagos presentimientos, intuiciones científicas, que le asaltaban al estudiar el mapa de la tierra conocida hasta entonces. No; el mundo no podía ser extendido y llano

como vasta sabana : algún término tendría el mar de Atlante, considerado por los cosmógrafos de la época sin orillas ni límite. El genovés recordaba las misteriosas palabras de los poetas de su nación, Dante, Pulci, Petrarca, cuando dicen que el sol, al dejarnos, va quizás hacia otras gentes que le esperan ; y aquel desierto de agua repugnaba á su entendimiento, y las enigmáticas frases tenían para él claro sentido. Firme ya en su convicción, había solicitado ayuda de los monarcas y Estados para armar una flota : en Juan II de Portugal no la halló ; en Génova menos ; y venía á pedirle á los excelsos reyes de Castilla, en sus empresas tan arriesgados como dichosos.

Al punto comprendió y acogió el franciscano la atrevida y nueva teoría del cosmógrafo. ¡ Cuántos planes maduraron juntos acerca del destino que se podría dar á las riquezas de los fabulosos países indianos ! Recobrar el sepulcro de Cristo ; vencer para siempre á Mahoma ; dilatar el Evangelio hasta los últimos confines del orbe... Marchena, que había sido confesor de Isabel la Católica, dió á Colón letras para fray Fernando de Talavera, que desempeñaba á la sazón el mismo cargo. Al pronto Talavera recibió con frialdad al proyectista ; no desmayó Marchena ; volvió á la carga ; interesó al cardenal Mendoza, y obtuvo por fin Colón la audiencia real. Isabel y Fernando prestaron atento oído á sus teorías, y reunióse, para examinarlas, la famosa asamblea de sabios y teólogos, en Salamanca, y tuvo lugar la escena que la pintura ha reproducido tantas veces : Colón, puesta la mano sobre la carta geográfica, trató, sin fruto, de comunicar su convencimiento y de vencer las preocupaciones de su siglo. Á punto estuvo de naufragar allí la idea, y de perderse tan grande conquista para España, porque

aquellos varones de rutina, interpretando mezquinamente las escrituras, combatieron los asertos de Colón con textos bíblicos, y autoridades de Padres de la Iglesia : memorable ejemplo del tino que deben emplear los que no estudiaron una ciencia al calificar sus hipótesis, siquiera por no hacer solidario al cristianismo de sus yerros é ignorancia. Largo tiempo de esperar desesperando ; largo aplazamiento de sus deseos, costó á Colón el veredicto del congreso salamanquino. Sólo un dominico, fray Diego de Deza, y el constante franciscano Marchena, le alentaron en los años de desconsuelo que aguardó. ¡ Tener fe profunda en su idea ; cumplir ya el año cincuenta y cinco de su edad, y verse en la alternativa de legar á los venideros un nombre inmortal, ó perecer como visionario insensato ! ¡ qué lucha para un alma bien templada ! exclama con razón Cantú. Volvióse con los religiosos de la Rábida, entre los cuales consiguió lo que reyes y naciones le negaban : atención, oídos que le escuchasen, simpatía tan necesaria á los que acometen empresas nuevas, y eficaces recomendaciones para Isabel. Concedidos ya los subsidios, armadas las carabelas, pocos días antes de que se hiciesen á la mar, tuvo fray Juan Pérez de Marchena que recorrer el puerto exhortando y animando á los marineros de Palos, que se negaban á embarcarse temerosos de los ilimitados océanos y desconocidas regiones adonde se dirigía el genovés. Bien dice un ilustrado escritor español (23) que en la Rábida halló Colón albergue, alimento, consuelo, acceso á la corte, valimiento en ella, el camino, en fin, del virreinato y de la gloria. Fray Juan Pérez, el adicto amigo, el alma capaz de asociarse á tan magna empresa, tuvo el júbilo de vestir al almirante, momentos antes de salir á cruzar el Atlántico .el hábito de terciario,

con que debía enterrarse (24); bendijo después la chica pero resuelta flota; y, añade el escritor ya citado, « rompiéronse á poco los juncos del entenal, y el manso viento de tierra, que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas en que se había pintado el signo de la redención. Lenta, majestuosamente, cual si el maderamen participara de la impresión de los hombres que sostenía, la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la aurora, pasaron una tras otra ante los espectadores de la orilla la nao *Santa María*, y las carabelas *Pinta* y *Niña*. » ¡Bogad, bajeles, bogad sobre los apacibles mares: vais á completar el globo y á traer á la civilización un nuevo hemisferio!

Extendímonos recordando estos terciarios inmortales en la historia, y apenas queda lugar para el elogio de otros no menos grandes: Roque de Montpellier, el valeroso adversario de la peste, el paciente ulcerado y encarcelado; Conrado, Elceario, héroes de la caridad; Ivón, el párroco modelo; la victoriosa hueste de mártires del Japón; el portentoso cura de Ars; y tantos y tantos como se han ido ciñendo la cuerda de Francisco; desde el mercader Luquesio, hasta los pontífices Pío IX (25) y León XIII hoy reinante.



NOTAS.

(1) *Impugnationis arma secum fratres non deferant, nisi pro defensione romanæ Ecclesiæ, christianæ fide, vel etiam terræ ipsorum aut de suorum licentia ministrorum.* (Regula, cap. vii.)

(2) « Los cuales (los terciarios de Florencia) en muchas cosas imitaban las candidas costumbres de la primitiva Iglesia, principalmente en la negación de sus bienes, haciendo de todos una pella, de que sacaban lo necesario para el sustento y decencia civil, y lo demás que sobraba repartían en el socorro de los pobres, principalmente encarcelados y vergonzantes. De las sobras de los bienes unidos y de las limosnas que pudieron adquirir, fundaron un célebre hospital, cerca de los muros, para curar los enfermos y albergar pobres ancianos; en cuyas asistencias se empleaba lo más noble y lucido de la ciudad. » (Fray Damián Cornejo, *Crónica de la Religión de N. P. san Francisco*.)

(3) Röhrbacher.

(4) *Revista franciscana*, núm. 3, año de 1873.

(5) *O sine mente caput, vigiliis et inedia multa exhaustum! o nimium, nimiumque oblite tuorum!* (Bolland., p. 600.)

(6) Al devolverlo á su padre, dijo:—« El niño no será religioso de nuestra Orden, pero sí protector; no hijo, sino padre, bajo cuya sombra vivirán alegres nuestros hermanos: muchas cosas buenas para nosotros contemplo yo en este niño; en estas manecitas se guardan para nosotros muchos beneficios» (Wad., *Annal.*). El padre se asombró del vaticinio, y conservó en su corazón las palabras hasta que las vió realizadas por la exaltación de su hijo al pontificado, con el nombre de Nicolás III. Ya cardenal, fué protector de

la Orden, y de papa se volvió para ella amante padre, de tal suerte, que al llamar al cardenal Juan Gaetani para sucederle en el protectorado, le dijo: — «Doite lo mejor que tengo, el deseo de mi corazón, las niñas de mis ojos.» (Pánfilo de Magliano, *Storia di S. Francesco.*)

(7) *Nunc autem, ut jura nostra potentia enervaret, et a nobis devotionem præciderent, singulorum duas novas fraternitates creaverunt.*

(8) La regla de la Tercera Orden, compuesta por Francisco, fué aprobada de palabra por Honorio III y Gregorio IX, y confirmada con Bula particular por Nicolás IV, primer papa de la Orden de Menores, que levemente la modificó con arreglo á las circunstancias de su época. La Tercera Orden fué instituida para las personas que viven en el siglo; pero andando el tiempo tomó tres formas: secular, congregacional y regular. Los seculares son los que viven en su casa según la regla. De la segunda forma fueron aquellos devotos de Florencia que pusieron sus bienes en común, y vivieron empleados en obras colectivas de piedad y caridad. León X, en Bula del 20 de enero de 1521, modificó la primera regla aprobada por Nicolás IV, haciendo otra segunda, adecuada á las personas que viven en comunidad con los tres votos sustanciales, y ésta constituye la tercera forma. No obstante, antes de que León X formulase y aprobase la nueva regla para las comunidades religiosas de terciarios, éstas existían ya. En Tolosa se habían establecido dos casas de la Orden Tercera en 1237, costeándolas un tal Bartolomé Bechino; comunidades que, al hacer la profesión añadían los tres votos. Juan XXIII confirmó esta forma de profesión. De aquel árbol fueron retoños las Recoletas, los Hermanos de la estrecha Observancia, las Hermanas grises (de donde san Vicente de Paul tomó la idea de sus Hermanas de la Caridad), las Anunciadas, las Estigmatinas, etc.

(9) «Convenciéronse las ciudades más rebeldes de la razón y derecho de doña Berenguela, y abandonando el partido de don Alvaro, acudieron á Valladolid. Fué, pues, reconocida y jurada doña Berenguela como reina de Castilla; mas ella, con magnánimo desprendimiento y con más abnegación todavía de la que había demostrado al abdicar la regencia y tutela de su hermano don Enrique, hizo en el acto renuncia de su corona en su hijo Fernando, con admiración y con beneplácito de todos.» (Lafuente, *Hist. de Esp.*)

(10)
*Auf der Thurme, wo der Thürmer
zum Gebete aufgerufen,
tonet jetzt der Chistenglocken
melancholisches Gesumme.*
.....

(H. Heine, *Almansor, romance.*)

(11) «Al modo que un amante llora la ausencia de su amada, así llora el islamismo desconsolado... Nuestras mezquitas se han transformado en iglesias, y sólo se ven en ellas cruces y campanas... Un golpe horrible, irremediable, hirió de muerte á España; resonó hasta en Arabia, y el monte Ohod y el monte Thalán se conmovieron... Preguntad ahora por Valencia; ¿qué ha sido de Murcia? ¿Qué se hizo Játiva? ¿Dónde hallaremos á Jaén? ¿Dónde está Córdoba, la mansión de los ingenios? ¿Qué ha sido de tantos sabios como brillaron en ella? ¿Dónde está Sevilla con sus delicias?»

(12) Clemente X canonizó á Fernando de Castilla.

(13) César Cantú.

(14) *Biau et douls filz, rien au monde ne m'est plus cher que vous: mais préfère vous perdre de mort que soyez entasché d'un seul peché mortel.*

(15) Joinville, el Senescal, que refiere interesantísimos portomenores del carácter y vida de san Luis.

(16) *Estudios sobre la Historia de la Humanidad: El Feudalismo y la Iglesia.* — F. Laurent.

(17) *Relucebat quidam in eo quasi solar jubar, gratia admirabilis, ex intimo charitatis fervore proveniens, se taliter diffundens in omnes quod no erat que a calore ejus se absconderent vel splendore; aut qui ejus beneficia in aliquo non sentirent.* (D'Achery, *Spicileg.*)

(18) V. Röhrbacher.

(19) «Yo tenía una cuerda ceñida á la cintura, con la cual á veces pensé sujetar á la fiera de manchada piel.» (*Inferno*, C. XVI.) El comentario dice de este verso: «Significa que fué

Dante fraile menor, pero en su niñez y sin llegar á profesar. La fiera representa la lujuria, de la cual pensó librarse el autor con el voto de la religión franciscana. San Francisco, fundador de los que van ceñidos de *cordón*, solía llamar á su cuerpo *asno*, que se sujetaba con el cabestro; por donde es la cuerda simbolo de domar la naturaleza animal. »

(20) Sobre la profesión de Miguel de Cervantes Saavedra en la Orden Tercera puede verse la discreta narración que publicó la *Revista Franciscana*, año de 1873.

(21) Narr. cit.

(22) *Ibid.*

(23) D. Cesáreo Fernández Duro, *Aniversario de la salida de Colón del puerto de Palos en busca de las Indias*.

(24) Roselly de Lorgues, *Vida de Cristóbal Colón*.

(25) La Orden Tercera cuenta aun hoy con inmenso número de afiliados en Italia, Francia, Bélgica, España, Alemania, Inglaterra, América, el mundo entero. En 1867 se calculaban en Francia más de cien mil terciarios. Pío IX decía en un Breve: *Gratulationes... nomine totius sodalitatis Tertii Ordinis S. Francisci perjucundas habuimus ut pote domesticas. Cum enim in minoribus constituti ei familiæ nomen dederimus.* (16 de noviembre de 1871.)



CAPÍTULO X.

LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS.

San Francisco pide á Dios la indulgencia.—La obtiene de Honorio III. — El zarzal florido. — Visión gloriosa. — Promulgación.—Qué cosas son indulgencias y jubileos.— Su importancia social en la Edad media. — El jubileo magno del siglo XIV. — El de la Porciúncula. — Alegoría de la penitencia en el purgatorio de Dante.

.....
*Da Pier le tengo, e dissemi ch' io erri
 anzi ad aprir, ch' a tenerla serrata,
 pur che la gente a' piedi mi s'atterri.*

(Dante, *Purgat.*, C. IX.)

.....
 De Pedro las he recibido; y me dijo
 que antes me excediese en abrir que
 en cerrar, con tal que la gente se
 postrase á mis pies.

(Dante, *Purgat.*, C. IX.)

UNA noche, en el monte cercano á la Porciúncula, se deshacía mucho Francisco de Asís en ansias ardientes de la salud y provecho de las almas, rogando con eficacia por los pecadores. Apareciósele de improviso un celeste mensajero, y le ordenó bajar del monte á su predilecta iglesia Santa María de los Ángeles. Al llegar á ella, entre claridades vivísimas y resplandecientes, vió á Jesucristo, á su Madre y á muchedumbre de beatos espíritus que los asistían.